

FICHA DEL LIBRO / CREDITS

El Sunset Limited

AUTORES / AUTHORS

Cormac McCARTHY. Traducción: Luis Murillo Fort

EDITORIAL / PUBLISHING COMPANY

Literatura Mondadori, Barcelona, febrero de 2012, III pp.

Cormac McCarthy escribió en 2006 la obra de teatro titulada *The Sunset Limited*, seis años más tarde podemos leer la versión en castellano. Un descarnado diálogo entre dos personajes, que como viene siendo habitual en el autor, carecen de nombre. Un hombre blanco y otro negro nos invitan a sumergirnos en su conversación en la que ambos interlocutores se interrogan, derriban prejuicios y muestran sus respuestas en la búsqueda del hombre por el sentido de la vida.

Un encuentro fortuito

No hay nadie en la estación. El hombre blanco espera impaciente la llegada del Sunset Limited. La puntualidad de aquellos trenes es absoluta. En unos segundos todo habrá terminado. Sin embargo, unos minutos más tarde se encuentra sentado allí, en casa de un negro desconocido. Sin saber el motivo, aquel hombre se había interpuesto en sus planes y ahora intentaba ganar tiempo con una sarta de preguntas, con la intención de encontrar un motivo para desistir de volver a la estación.

El abatido hombre blanco

McCarthy presenta a un profesor universitario blanco, que goza de una buena posición económica, y sin embargo, se encuentra al borde del suicidio. Esa misma mañana al levantarse, se encamina a la estación de trenes para arrojarle a las vías cuando hiciera su entrada el Sunset Limited. A lo largo del diálogo con el hombre negro iremos conociendo más sobre este personaje.

Es un hombre solo. Su padre murió de cáncer hace unos años, no tiene ni mujer ni hijos. Parece que tampoco amigos, por lo menos no de la entidad suficiente para rendirles explicaciones sobre sus planes. Al día siguiente, tras su muerte todo seguiría igual, nadie llorará su ausencia. Y en su opinión, no hay motivo para ello. Todo hombre que no sea un necio debería actuar como él lo hace, en el fondo no hay ni una sola razón para no elegir la muerte lo antes posible. Desde el comienzo del libro, la desesperanza en él es una constante. No hay que buscar razones ante los sucesos de la vida, todo pasa sin motivos

racionales. Las cosas en las que el profesor creía se han ido desmoronando a lo largo de los años, ni si quiera la historia y la cultura tienen razón de ser. El paso de los años le ha ido confirmando sus temores y llega al convencimiento que el destino de la humanidad es sufrir, el pretender o mostrar un anhelo por algo diferente no es más que una muestra de la propia contingencia del hombre y de la falta de valor para afrontar la realidad que se impone. Sueños, ilusiones, mentiras, ..., sobre cada alegría humana, en palabras del personaje, *pende la sombra del hacha*. Ni la amistad, ni el amor, pueden escapar de un camino que termina en la muerte. En un mundo de locos la decisión más cuerda que se ofrece es no prolongar la agonía.

El esperanzado hombre negro

El otro personaje ha pasado su vida marcada por la violencia, enganchado al alcohol y a las drogas. Antes de instalarse en el suburbio donde vive, había estado en prisión. Y sin embargo, allí sucedió algo que le hizo cambiar y sentirse el ser más afortunado de la tierra. Y continúa con esa convicción. A lo largo de la obra, confiesa que estando en la cárcel peleó con otro recluso casi hasta la muerte, y estando en la enfermería, solo, abatido, sin nadie, en un lugar del que ningún otro ser humano podía rescatarle, él fue salvado. Dios le habló. Desconoce el motivo por el que Dios se fijó en él, pero lo hizo. Es más, si a alguien que había caído tan bajo, Dios le ofreció su aliento, seguro que se lo ofrecía a toda persona humana, siempre y cuando ésta esté dispuesta a escucharlo. Desde aquel momento, Dios orientaba su vida. Lo que anhelaba descubrir no era ni el vino ni la droga. Él, que se había pasado todos los días buscando algo que diera sentido a su existencia en lugares equivocados, por fin lo había encontrado. El anhelo de todo hombre, la carencia, la pieza del puzzle que faltaba en su vida era Jesús.

En el abismo de la existencia, el hombre puede descubrir que la luz está a su lado, sin embargo para llegar a entender esto, es necesario hacer una concesión por su parte, y darse cuenta de que las sombras que vemos o nos empeñamos en ver son causadas muchas veces por nosotros mismos y no nos permiten seguir la luz.

Enfrentándose a sus peores enemigos

Tras el frustrado suicidio del hombre blanco, comienza un juego dialéctico entre los dos hombres que exponen cual es su respectiva postura ante la vida. Cada uno pregunta, cada uno contesta, pero cada uno sigue actuando en conformidad con sus convicciones.


¿Hay algo que el hombre negro pueda ofrecer al hombre blanco? Sin duda, el testimonio de su experiencia vital mientras toman el almuerzo, mostrándose tal y como es, pero nada más. Un diálogo sincero, donde ambos personajes se enfrentan a sus prejuicios y van desnudando sus vidas.

En el obra se advierte un llanto descarnado del hombre por responder al sinsentido y un grito silencioso por no poder convencer a otro ser humano de que en esta vida hay un camino mejor que el suicidio. Al final, todo es una cuestión de libertad para poder acoger o no la gracia que Dios ofrece. Hay ocasiones en que podemos ver la luz. Pero otras veces parece que no, y por mucho que brille no alcanza a ilusionarnos.

A través de las páginas el lector se inquieta ante la imposibilidad de que el testimonio del hombre negro se muestre convincente para salvar al hombre blanco. Si el profesor no consigue hacer su propia experiencia vital, si no vive en sus propias carnes el encuentro personal con el Salvador, seguirá en la sombra.

Este es el drama que McCarthy muestra en la obra: cómo cada hombre debe buscar su propio sentido en la vida. Otro puede mostrarle el que a él le ha servido, pero no olvidemos nunca que le ha servido a él. El hombre negro recorrió su senda, se encontró con unos obstáculos, los sorteó de una manera concreta, abrazó unas convicciones determinadas, sigue recorriendo su camino y enfrentándose cada día a sus miedos y a los nuevos retos que la vida le presenta, en un momento de esa carrera descubrió un sentido que le hizo sentir especial: Dios, que le habló a él. Un encuentro que le pareció tan inaudito, que ahora intenta compartir esta experiencia y buena nueva con el resto de seres que aparecen en su vida, pero nada más. No se puede imponer, solo mostrar. Es más: a veces, cuando en la vida confrontamos nuestro sentido con el de otros, el nuestro se puede tambalear. Quizás aquel encuentro que en algún momento de la vida lo experimentamos como salvador, no nos parezca suficiente para recorrer el resto de nuestra existencia. Pero el autor invita a eso, a que el miedo no nos frene y a estar dispuestos a dialogar con el que descubrimos a nuestro lado, aunque su planteamiento vital diverja del nuestro. Si estamos convencidos de que en algún momento hemos descubierto un tesoro, no podemos menos que compartirlo con los demás. Pero ya está, ya está, ya está... y es ahora, cuando el hombre negro debe ser capaz de abrir la puerta de su casa para que el hombre blanco continúe su camino. La contingencia del hombre ante otro hombre se muestra en toda su crudeza: no se puede imponer a otro ser humano que siga nuestras huellas en la vida, aunque consideremos que estas huellas siguen la senda de la salvación. Sólo se puede ofrecer la mano, tenderla si el otro se cae y asirle si quiere que lo hagamos. Si el hombre negro está en lo cierto, Dios fue el primero que nos quiso libres aun a sabiendas del riesgo que entrañaba. Pero únicamente desde la libertad somos capaces de amar y abrazar la vida; sólo sabiéndonos amados podemos responder a ese amor. Lo único que podemos ofrecer al otro es nuestro amor incondicional en la vida.

Enfrentarnos a nosotros mismos

La lectura del libro es francamente recomendable. No se trata de una lectura fácil, no por la forma, si no por la dureza del tema. Al leer el texto, tocamos el dolor humano y quizás pocas veces cuando cogemos un libro nos apetece enfrentarnos a un diálogo que nos lleve a cuestionar el drama de la existencia del hombre y nos muestre la finitud de la vida de forma tan descarnada. El estilo de la obra recuerda a algunos de los relatos de la escritora sureña Flannery O'Connor, sobre todo en esos ejemplos muy suyos que pasan por el ofrecimiento de la gracia a una persona, la mediación de otras personas como vehículo de esa gracias y, en último término, el ejercicio pleno de la libertad personal que acepta o rechaza el don ofrecido. Ante esta decisión, el resto de la humanidad sólo puede permanecer en silencio, pues el misterioso diálogo del hombre con su Creador nos es vedado al resto. 

POR Susana Miró López

*Grupo de Investigación sobre el atrio de los pentiles
Universidad Francisco de Vitoria
Madrid, España*